

BINTI

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

 **Crononauta**

BINTI

© 2015 by Nnedi Okorafor

Published by arrangement with Donald Maass Literary Agency and International Editors' Co.

Primera edición, febrero 2018

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Arte y diseño de la cubierta de Joey Hi-Fi

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-947958-1-7

Depósito Legal: SE 2414-2017

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Estugraf (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dedicado a la pequeña medusa azul
que vi nadando en el lago Khalid un día soleado
en Sharjah, Emiratos Árabes Unidos*

Encendí el transportador y recé una oración en silencio. No tenía ni idea de lo que haría si no arrancaba. Mi transportador era barato, así que hasta una gotita de humedad o, lo que es más probable, un grano de arena, podría provocar un cortocircuito. Era defectuoso y en la mayoría de los casos me costaba reiniciarlo una y otra vez para que funcionara. «Ahora no, por favor, ahora no», pensé.

El transportador vibró en la arena y contuve la respiración. Diminuto, plano y negro como una piedra de oración, zumbó sin hacer ruido y luego se elevó despacio desde la arena. Produjo por fin la energía levantaequipajes. Sonreí. Ahora ya podía llegar a la lanzadera. Con el dedo índice tomé *otjize* de mi frente, me arrodillé y toqué la arena con el dedo para enterrar la arcilla roja de olor dulzón.

—Gracias —susurré.

Era un paseo de media milla por la carretera oscura del desierto. Como el transportador funcionaba, llegaría allí a tiempo.

Tras enderezarme, me detuve y cerré los ojos. El peso de toda mi existencia recaía ahora sobre mis hombros. Por primera vez en la vida desafiaba la parte más tradicional de mí misma. Me marchaba en medio de la noche y ellos no tenían ni idea. Mis nueve hermanos, todos mayores que yo, salvo por una hermana y un hermano más jóvenes, no lo habrían visto venir. Mis padres jamás se hubieran imaginado que yo haría algo así ni en un millón de años. Para cuando todos se dieran cuenta de lo que había hecho y a dónde me dirigía, yo ya habría abandonado el planeta. En mi ausencia, mis padres se gruñirían el uno al otro que nunca jamás me dejarían volver a poner un pie en su casa. Mis cuatro tías y mis dos tíos, que vivían calle abajo, gritarían y chismorrearían entre ellos sobre la vergüenza que suponía para todo el linaje. Me iba a convertir en una paria.

—Vamos —susurré en voz baja al transportador, con una patada. Los finos aros de metal que llevaba alrededor de cada tobillo tintinearón con fuerza, pero le volví a propinar un puntapié. Una vez puesto en marcha, el transportador funcionaba mejor sin tocarlo—. Vamos —repetí, con sudor en la frente.

Al ver que no se movía nada, me arriesgué a empujar las dos grandes maletas colocadas encima del campo de fuerza. Se movieron con suavidad y yo solté otro suspiro de alivio. Al menos tenía un poco de suerte de mi parte.

— oOo —

Quince minutos después, compré un billete y embarqué en la lanzadera. El sol apenas había empezado a asomar por el horizonte. Clavé la mirada en el suelo mientras avanzaba entre pasajeros sentados y demasiado conscientes de las puntas tupidas de mi cabellera trenzada que les golpeaban en la cara con suavidad. Nuestro cabello es espeso, y el mío siempre lo ha sido especialmente. A mi anciana tía le gustaba llamarlo *ododo* porque crecía indómito y denso como la hierba *ododo*. Justo antes de marcharme, había recubierto mis trenzas con *otjize* fresco y perfumado que elaboré precisamente para el viaje. A saber lo que les parecería a esas personas que no conocían tan bien a mi pueblo.

Una mujer se apartó de mí cuando pasé y arrugó la cara como si hubiera olido algo apestoso.

—Lo siento —susurré con la cabeza gacha e intentando no hacer caso a las miradas de casi toda la gente de la lanzadera.

Aun así, no pude evitar echar un vistazo alrededor. Dos chicas, que tendrían un par de años más que yo, se cubrieron la boca con unas manos muy pálidas, como si el sol no las hubiera tocado nunca. Parecía que todos tuvieran al sol de enemigo. Yo era la única himba en la lanzadera. Enseguida encontré un asiento y me dirigí hacia allí.

La lanzadera era uno de los nuevos modelos elegantes semejantes a las balas que mis profesores usaban para calcular coeficientes balísticos en los últimos años de enseñanza. Se deslizaban con rapidez sobre la tierra gracias a una combinación de corriente de aire, campos magnéticos y energía exponencial: una nave fácil de construir si se dispone de material y tiempo. También era un buen vehículo para el terreno cálido del desierto, donde las carreteras que salían del pueblo estaban en muy mal estado. A mi gente no le gustaba abandonar su tierra. Me senté en la parte trasera para poder mirar por el gran ventanal.

Podía ver las luces de la tienda de astrolabios de mi padre y del analizador de tormentas de arena que

mi hermano había construido en lo alto de la Raíz, nombre que recibía la enorme casa de mis padres. Seis generaciones de mi familia habían vivido allí. Era la casa más vieja del pueblo, quizás la más vieja de la ciudad, hecha de piedra y hormigón, fría por la noche, cálida por el día. Estaba revestida de paneles solares y cubierta con plantas bioluminiscentes a las que les gustaba dejar de brillar justo antes del amanecer. Mi dormitorio se encontraba en la parte más alta de la casa. La lanzadera empezó a moverse y miré hasta que dejé de divisarla.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuré.

Una hora y media después, la lanzadera llegó al puerto de despegue. Yo era la última, y me pareció bien, ya que la vista del puerto me sobrecogió tanto que lo único que pude hacer durante unos instantes fue quedarme plantada. Llevaba una larga falda roja, sedosa como el agua, una camisa de color naranja claro, rígida y duradera, unas sandalias de piel fina y mis tobilleras. Nadie a mi alrededor vestía un atuendo así. Solo veía velos y prendas ligeras y sueltas; ninguna mujer llevaba los tobillos expuestos, ni tintineaban con brazaletes metálicos. Respiré por la boca y noté que el calor se extendía por mi rostro.

—Tonta, tonta, tonta —susurré.

Los himba no viajamos. No nos movemos. Nuestra tierra ancestral es vida; si te alejas de ella, te apagas. Incluso nos cubrimos el cuerpo con ella. «Otjize» es tierra roja. En el puerto de despegue, la mayoría de personas eran khoush y había otras pocas que tampoco eran himba. Aquí, yo era una extraña.

—¿En qué estaría pensando? —musité.

Tenía dieciséis años y nunca había salido de mi ciudad, y ni siquiera me había acercado a la estación de despegue. Me hallaba sola y acababa de dejar a mi familia. Mis posibilidades de matrimonio habían sido del cien por cien y ahora se acababan de reducir a cero. Ningún hombre querría a una mujer que hubiera huido. Sin embargo, además de arruinar las perspectivas de una vida normal, había sacado notas tan altas en los exámenes planetarios de matemáticas que la Universidad de Oomza no solo me había admitido, sino que prometió pagar por todo lo que necesitara para poder asistir. Daba igual qué decisión tomara, nunca iba a tener una vida normal, la verdad.

Miré a mi alrededor y enseguida supe lo que debía hacer. Me encaminé hacia el mostrador de información.